gar del techo no se cuelgan sino el juéves en la mañana para que estén frescas. Son éstas tantas, y en tal variedad, que es difícil clasificarlas, pero domina entre ellas el oloroso *cacaloxochitl* blanco, rojo, amarillo y violáceo, de que los indígenas hacen largas y graciosas cadenas que rematan con una flor de *yoloxochitl* ó con una grande y galana orquídea que vierte de su cáliz un raudal de aromas.

Pero la atencion del curioso debe fijarse principalmente en la notable variedad de encinas de que se forman las enramadas, y que los indígenas, con un arte que conservan desde el tiempo de su antigua religion, se complacen en mezclar, revelando un sentimiento de gracia y armonía que no es dado á todos apreciar debidamente.

Todas las encinas del Sur, concurren á esa obra de rústica arquitectura. Allí se vé la *quercus alba*, la mas graciosa y espontánea de las encinas, que así se muestra gallarda y contenta en las frias regiones del

Canadá, como en las calientes de Virginia y de la Luisiana, y en las montañas del Sur de México, con sus bellas hojas oblongas y obtusas, y su fruto ovado y suavemente parduzco, árbol tan hermoso como útil para la manufactura; allí tambien la *quercus robur*, tan comun en Europa, la graciosísima *quercus prinus chincapin* y la *quercus heterophylla* de hojas lanceoladas y dentadas y de bellotas pequeñísimas; allí se encuentran, en fin, otras cuya descripcion sería larga. Baste decir, que de las diez y seis que reconocieron Humboldt y Bompland en México, se ven en las enramadas lo menos diez, y de las veintiseis que clasificaron los dos Michaux en la América Septentrional, se ven lo menos quince, pudiendo tambien asegurarse, que de las cuarenta y cuatro especies americanas de la familia de las *amentáceas*, hay en nuestros bosques surianos lo menos la mitad.

Y el heno se cuelga tambien del tejido de la enramada, mezclando sus copos blan-

quecinos y grises con los colores encendidos de las flores que se ostentan por todas partes. El heno es el adorno predilecto de los indígenas. Figúraseles que esta planta parásita, cana venerable de los árboles, dá cierto tono de magestad y de grandeza á la decoracion.

III

El juéves en la mañana, los repiques á vuelo anuncian la misa mayor que se celebra con gran solemnidad, y despues de ella, la procesion se organiza y sale de la iglesia parroquial. Toda la poblacion la forma, ó la espera en la plaza ó en las calles laterales. Precédenla diez ó doce indígenas llevando grandes paños llenos de hojas de flores que van regando en el camino y que se renuevan constantemente. Por delante marchan, como es costumbre, los acólitos que llevan la cruz alta y los ciriales, y luego siguen los santos venerados de la poblacion, los dioses penates del lugar.

Primero la cruz, una cruz bizantina, dorada y con espejillos incrustados, que llevan cargando en andas solo mujeres indígenas, porque para esta raza la *cruz* es un santo que no pertenece al sexo masculino.

—*¡Oh cruz, tu nombre es mujer!*

Despues siguen por su órden: san Juan Bautista, pequeña imágen de madera, de semblante alegre y picaresco, que cubre su desnudez con una clámide hecha con una piel de cordero y que parece por su actitud insinuar un movimiento de *can-can*. Es Páris en la Bella Elena cuando se presenta á adivinar la charada.

Este santo es conducido por hombres indígenas, y como por respeto al Sacramento no puede darle sino el frente, marcha de espaldas, al contrario de sus conductores, cuya irreverencia nada tiene de particular para el Señor. Lo importante es que san Juan no dé la espalda.

San Lúcas, sentado escribiendo, con su inseparable toro al lado. Tambien conduci-

do por indígenas y en igual forma que san Juan.

Santiago (Texaltzinco). Figura española; blanco, colorado, con barba cerrada y negra, melena rizada, ojos brillantes y moriscos, vestido de chambergo con capa y tonelete de terciopelo negro, botas de campana, sombrero fieltro gris con grandes plumas; sobre un caballo blanco, enjaezado á la española, una bandera roja y las riendas en una mano y una espada en la otra, matando indios ó moros. El modelo de este santo fué un españolito de tienda de abarrotes.

Es conducido por indígenas, y marcha con el sombrero quitado y pendiente de una cinta.

Santiago (Tlaltelolco). Esta sí, es una imágen bizarra; es el verdadero dios de los indios. Tipo marcadamente indígena, moreno, poca barba, pómulos salientes, nariz aguileña y ancha, ojos negros y un poco oblícuos, cabellos lisos y desordenados, boca sarcástica y soberbia, camisa de manta atada con un

cordon al cuello, y con las faldas sueltas, calzoncillos blancos, anchos y altos, sandália indígena, sombrero de palma de falda ancha y levantado por adelante con barboquejo de cuero, y va puesto porque este santo no se lo quita delante de nadie. A caballo en un *cuaco* del Sur, respingador y endemoniado; lleva un machete suriano crudo y de puño de cuerno. En fin, es un tipo de guerrillero indígena de mis montañas. Gran comitiva de hombres con cirios y *masúchiles*.

San Martin, el patron del pueblo, figura beata de obispo con vestido de pontifical. Llevado por hombres. La *Purísima* y la *Natividad*, dos vírgenes, la una sin importancia y la otra patrona del pueblo, llevadas por mestizas vestidas de gala.

Y el *Sacramento*, bajo de pálio, cuyas varas enpuñan personajes de la poblacion. La Custodia, bastante bonita y rica, es llevada por el cura, que es generalmente un robusto sacerdote de gran cerviguillo y de labios

abultados y risueños, que va rezando el *Pange lingua* en su pequeño breviario.

El *Sacramento* lleva á sus dos lados dos hileras de acompañantes con faroles de cristal adornados, y va seguido inmediatamente por la música de viento que acompaña á los cantores quienes entonan sin cesar el *Tantum ergo* en todo el trayecto. Despues van las autoridades civiles y la milicia.

Esta milicia suele variar con los tiempos y los sistemas y aun con las circunstancias políticas del momento.

Yo he visto, cuando era niño, marchar una vez en esa procesion del Córpus de mi tierra, al general D. Matías de la Peña y Barragán, con su uniforme rojo elegantísimo y su gran schacó de carrilleras y de pompon de plata, á la cabeza de su columna de granaderos desmontados y uniformados del mismo color, y al compás de su magnífica música militar. Otra vez, he visto al grande, cari-largo y amarillento general Palacios, cubierta su gran cabeza con un enorme sombrero montado lleno de plumas que se atropellaban con los copos de heno; uniformado de verde y á la cabeza de su columna de granaderos á pié, marchando al compás de su banda de tambores y de pífanos.

Mas tarde, ví al pequeño general D. Angel Guzman, valiente jefe michoacano muy antiguo y tambien muy apuesto, marchando á la cabeza de sus dragones, que por estar casi desnudos, se habian envuelto en sus capotes que habian sido amarillos y por las aguas habian asumido un hermoso color de chico-zapote. Parecian una procesion de capuchinos.

Luego, he visto á la milicia local uniformada de cordoncillo de Chilapa y marchando al compás de sus tambores y cornetas, y aun he visto en los malos tiempos, en los tiempos en que ningun jefe se pronunciaba en el Sur, marchar una patrulla de indígenas de la montaña, uniformados como el Santiago Tlaltelolco de la procesion, y no llevando compás ninguno y ninguna devo-

cion, sino al contrario, un intenso fastidio, como quien escolta á un reo peligroso.

La procesion hace alto en cada uno de los ángulos de la plaza. Allí hay un altar, altar en que una familia ó un grupo de familias, ponen su contingente de fantasía y de elementos para presentar una cosa buena.

En efecto, frontales bordados de oro, ó sobrecamas de damasco, adornan el ara, y á su lado y á su pié, se ostentan tibores de China del *leon de cinco colas* ó simplemente azules, suntuosos restos de los viajes de la nao de China, tiestos del país ó jarrones de Sèvres llenos de descoloridas flores de trapo y de frutas de cera, (allí en el país de las flores y de las frutas naturales), bandas de burato, espejos, imágenes con su capelo, etc., etc., todo eso contiene un altar. Depositada un momento allí la Custodia y cantada la antífona *Deus, qui nobis sub sacraménto mirábili* por el sacerdote, los cantores vuelven á entonar el *Tantum ergo* y la procesion continúa su camino, hasta volver á la iglesia en donde

se disuelve, depositando en el Tabernáculo el Sacramento.

Despues de las tres de la tarde, si el tiempo lo permite, comienzan los regocijos. Consisten estos, para todos, en comprar y comer la rica fruta de la estacion, los aromáticos duraznos y dátiles, las ciruelas, los bananos y las piñas, y ademas los *elotes* tiernos cocidos y dulces de los primeros maizales, que se comen con el primer queso fresco que traen de los ranchos.

Y para los muchachos consiste especialmente en jugar al trompo, como en México, y entablar á porfía una lucha de *secos* que termina en no pocas riñas. Una observacion: Pocos niños indígenas juegan al trompo. No aman el *trompo* como no aman el *papalote*, dos juguetes introducidos por los chicos españoles.

Procesion y juegos se repiten todavía el domingo que sigue al primer juéves, y en la octava. Pero las enramadas entonces, ya están marchitas, los santos aburridos, los in-

dígenas asisten de mala gana y los trompos están como corazones envejecidos. ¡Así pasan las fiestas de este mundo!

IV

La fiesta de los Angeles.

Ha pasado ya la semana de Agosto en que nuestro buen pueblo de México se regocija con la famosa fiesta de los Angeles, una de las que mas alborotan á todos. Y me ocurre conocerla para hablar algo de ella á mis lectores.

En la madrugada del 2 de Agosto, los vecinos del barrio han sido despertados por el estallido frecuente de los petardos y por